

# LAS PACES

DESDE mucho antes de clarear el día se ponían las mujeres en camino. La distancia que tenían que recorrer era relativamente grande. Salían de este ó del otro caserío y en las veredas se encontraban, formando rancho entonces, para seguir juntas hasta el mismo borde del risco de Famara, donde trabajaban de sol á sol. Eran «orchilleras». Hubo tiempo en que ese oficio, allá en la isla de Lanzarote, era lucrativo, aunque sumamente peligroso. Sólo el hábito podía descontar el riesgo.

Famara es un sitio extraño. La tierra alta, tierra de montaña, se extiende en una gran planicie. De pronto ésta se corta, como en un tajo formidable, y el cantil agudo, casi recto, desciende desde la inmensa altura hasta el mismo fondo del mar. Desde arriba, la vista es espléndida. Ante los ojos se abre la inmensa llanura del mar, perdiéndose en las lejanías del horizonte. Abajo, la enorme bahía, como un golfo, se corre por la izquierda hacia las costas bajas del litoral lanzaroteño, mientras que hacia la derecha cortan la visión marina las islas desiertas como monstruos de piedra surgidos del seno de las ondas.

El cantil de Famara es pavoroso. Negrozco, color de la roca viva, á trechos le dan un tono semiverdoso las manchas de las orchillas que crecen entre las grietas. Y por ese cantil, por veredas de cabras, poco menos que impracticables, descaltas, agarrándose con las uñas casi á los salientes de la roca, tenían que bajar las mujeres para arrancar la orchilla, que iban guardando en los delantales, doblemente sujetos á la cintura para que pudieran servir como especie de bolsas. Para evitar el peligro de un desriscamiento y de la muerte inevitable, todas iban á la faena provistas de una larga cuerda resistente. Se la ataban á la cintura, ó bien bajo los brazos. Luego, el otro extremo de la cuerda lo amarraban á un sólido arbusto de los que crecen á orillas del precipicio ó á una piedra de las más pesadas, que, después de un trabajoso arras-

tre, se habían ido alineando allí como una serie de colosales proyectiles para unas imaginarias baterías.

Así, con riesgo siempre, afanábanse en coger orchilla las mujeres todo el día. Las que criaban, y eran las más, pues para el rudo oficio se necesitaba agilidad juvenil, dejaban arriba, á poca distancia del cantil, los niños medio abandonados, á la custodia de los perros, en cunas improvisadas en hoyos abiertos en la tierra, en cuyo fondo colocaban una azalea, y que sombreaban con unas cuantas ramas de arbusto colocadas en montón, sobre el cual ponían los pañolones extendidos. Por lo general, los niños dormían como benditos, y cuando el hambre les punzaba ó la frialdad de las propias miserias les mordía en las carnes, desgañitábanse llorando, con un lianto desesperado y estéril que ahogaba el ronco clamor del mar ó se llevaba tierra adentro el viento.



Ni aun la conciencia del peligro común establecía una común estimación entre las orchilleras. Trabajaban en grupos separados, que se caracterizaban por familias ó por caseríos. Eran muy raros los casos de promiscuidad. La línea divisoria entre unos y otros parecía infranqueable. Un cantar irónico en un grupo provocaban las voces más destempladas y las injurias más agresivas en el otro. Pocas veces, sin

embargo, llegaban á las manos. Se desahogaban en un estruendoso, si bien inofensivo, tiroteo de palabras.

Dos llegaron una vez á golpearse. Se tiraron de los cabellos con brutalidad, se arañaron las caras hasta hacerse sangre, y se desgarraron los vestidos en las iracundas acometidas de la pelea, entre los gritos con que las compañeras, más divertidas que compasivas, las azuzaban.

Tenía razón Carmen. Ella tenía una paciencia á prueba, y hasta la vergüenza de su deshonra la hacía en extremo silenciosa y cauta. Era cierta su desdicha. Un instante de pasión ó una

debilidad pasajera determinaron su caída. Y aquel chico llorón, que ella criaba con tanto cariño, era el público pregón de su infortunio como mujer, aunque ella lo consideraba su mayor bien con entrañas de madre. A ella podían decirle cuanto quisieran. Ni aun se defendía. Pero, respecto al hijo, ¡jamás consentiría el menor agravio!

Aquella Rosalía, por el contrario, era parlanchina y hasta pendenciera. Era hermosa de veras, nadie se lo negaba; pero mostrábase excesivamente jactanciosa de su hermosura y de la savia retozona de sus veinte años. Además, sentíase orgullosa de su marido, Perico el camellero. Y cada año, como testimonio de aquel amor consagrado con todos los sacramentos, lucía entre las compañeras, con ostentación vanidosa, su vientre abultado por una nueva maternidad.

Con muy pocas compañeras quedóse sin reñir. Aquel día, sin saberse por qué, la emprendió con Carmen. De las bromas irónicas pasó á las injurias gruesas. Sin duda, tenía ganas de pelea.

De grupo á grupo, mientras hallábanse en la faena, gritó: —¡Oigan! Lloro un mocoso. Será el de Carmen, que, como no tiene padre, *berrea* siempre.

Carmen volvióse airada, con expresión en la mirada de cólera feroz.

—¡Calla!... Con mi hijo, no.

—¡Vaya!... Que me asustas...

—Calla ó te ahogo...

Intervinieron las compañeras. Una riña allí, en el cantil, era rodar ambas, desriscadas, al fondo del abismo.

Pero cuando subieron para yantar, reanudaron la disputa. Y la riña fué inevitable.

—¡Pellejo!

—¡Machona!

Fueron las últimas palabras cambiadas. Y juraron no cruzar entre ellas ninguna más, afectuosa, en la vida.

• •

¿Una imprudencia? ¿Una casualidad? No se sabe.

Las orchilleras trabajaban afanosas, raspando con el hierro y hasta con las uñas la roca para despojarla de su costra vegetal salvaje, que para ellas era, al fin y á la postre, el pan de cada día y algo más.

Se oían cantares aquí y allá entre los grupos. Acababa de entonar uno una voz en su grupo, y al instante una nueva voz rompía con otro cantar. Ya eran *folias*, ya eran *isas*, como en un juego de voces y de cantares. De grupo á grupo entablábanse, como siempre, diálogos á gritos.

Sonó como un aullido de espanto.

—¿Qué?

—¡Miren!

Allí estaba Rosalía, con la cuerda bajo los brazos, balan-

ceando el cuerpo sobre el abismo. Sin duda, el peñascal en que había fijado el pie había cedido y el pedrusco rodaba á saltos, rebotando, en el cantil.

—¡Socorro!

La imploración de Rosalía, desesperada y trágica, con esfuerzo al parecer sobrehumano, vencía al hondo clamor del mar estrellándose abajo.

Las mujeres de todos los grupos treparon rápidas. Había que sujetar arriba la cuerda y tirar de ella para efectuar el salvamento de la compañera. Olvidáronse en ese instante todos los agravios recibidos. De las primeras en subir fué Carmen, animosa y resuelta.

Puestas en fila, comenzaron á tirar de la cuerda. El peli-gro estaba en que, por el roce con el borde cortante del cantil, la cuerda se rompiese. Entonces no había salvación posible y la tragedia era inevitable. ¡Se habían visto tantas!

Una de las mujeres dió su pañolón para colocarlo entre la cuerda y la roca. Quedaría despedazado, pero no importaba. Dios daría para otro.

Colocada una en el borde, dirigía la maniobra.

—¡Tiren!

Y las mujeres tiraban, poniendo en el esfuerzo la mayor suavidad.

—¡Quietas!

Las mujeres paraban en seco. Era que, al izarla, la cabeza de Rosalía daba con un peñascal saliente. Una herida y la mancha roja de la sangre teñía el negro cabello. Las ropas se despedazaban entre las zarzas silvestres, y por entre los desgarrones mostrábase la carne morena.

Al fin realizóse el salvamento. La muchacha sangraba, pálida, desvanecida, como muerta. Díéronla agua para reanimarla. Y se reanimó, pudiendo á poco incorporarse.

El niño de ella lloraba con llanto de hambre.

—¡Pobre mío!... Tráiganlo...

Inútilmente quiso amamantarlo. El susto había segado en su seno la fuente de vida.

—No, no tengo...

Rosalía rompió en sollozos.

Silenciosa, resuelta, avanzó Carmen.

—Yo puedo...

Sentóse sobre la dura tierra, abrió su seno, y en sus brazos, con blandura de cuna, acomodó al hijo de su enemiga. Y lo amamantó.

Para dormirlo, su voz comenzó á entonar la canción amorosa con que se arrulla á los niños:

*Arrorró, niño chiquito,  
que tu madre no está aquí...*

Ángel Guerra

Dibujo de Echea

## MELANCOLÍA

*Ahora que nada aguardo  
— ¡soy un niño tan viejo! —  
es cuando más se embriaga  
mi corazón de irrealizables sueños,  
en que florecen todas las pasiones  
y me atormentan todos los deseos.*

*Es la vida que grita  
con su clarín guerrero  
pregonando la lucha.  
Es su aliento de fuego,  
que me envuelve en la llama  
de un insaciable anhelo.  
Son los sentidos que se desprecizan  
como leones de rugir soberbio.  
Es un impulso loco de la vida,  
es un instinto ciego  
de embriagarse con todos los perfumes,  
de caminar por todos los senderos...  
¡Oh, milagro de amor, si yo pudiese  
vivir la vida entera en un momento!*

*El campo, con sus tardes de oro pálido  
y su augusto silencio,  
me pone melancólico  
y hace más dolorosos mis recuerdos.  
Las flores del granado  
parecen rojos labios entreabiertos,  
y los manzanos verdes,  
con sus cálices tiernos,*

*evocan la fragancia  
de los rosados cuerpos  
de las niñas... ¡Oh carnes  
que parecen de pétalos!*

*Es un dolor sin nombre  
este dolor que siento  
al mirar cómo todo se estremece  
en un mismo deseo.  
En un mismo deseo de la vida.  
Tengo mis ojos sin cesar abiertos,  
ante el verde nupcial de las praderas,  
bajo el azul radiante de los cielos.*

*¡Qué amargo es este vino  
de los presentimientos!  
Saber que hay rojas bocas  
cuyos labios sedientos  
se marchitan soñando  
con nuestros largos besos...  
¡Y saber que esos labios  
ya nunca besaremos!  
Presentir que hay amores  
de otros encantos nuevos,  
y adivinar mujeres  
morenas, de ojos negros:  
como la noche, trágicos;  
como la noche, inmensos;  
y blancas, de ojos glaucos  
y de rubios cabellos,*

*castas y pensativas,  
con almas de lucero...*

*¡Ojos fascinadores,  
dulces ojos serenos  
de pupilas turquesa!  
¡Claros ojos risucios!  
¡Ojos como la pena,  
ojos bruños y negros!  
¡Por qué tanto evocáis,  
si nunca os hallaremos?*

*Adivinar paisajes  
de verdores eternos  
y otros mundos más amplics  
y el azul de otros cielos...  
¡Qué importa para el alma,  
si jamás ha de verlos!  
¡Y vislumbrar la vida,  
y el florecer espléndido  
de todos sus rosales!  
¡Y envejecer sintiendo  
que nos morimos solos,  
solos con nuestros sueños!*

*Qué tristeza más honda...  
¡Ser un niño tan viejo!*

Manuel F. Lasso de la Vega